



LA VOZ QUE CLAMA EN EL DESIERTO

AÑO XVII, N° 213

EL 1 DE NOVIEMBRE FESTEJAMOS A TODOS LOS SANTOS Y EL 2 DE NOVIEMBRE RECORDAMOS A LOS FIELES DIFUNTOS.

Los Santos se festejan con amor y siguiendo su ejemplo para, como ellos, llegar a la santidad. Oremos para que así sea.

Y el día segundo de este mes pediremos por nuestros fieles difuntos para que Dios los bendiga y los tenga en su Santa Gloria, sean nuestros parientes, amigos, conocidos y vecinos, rezad por ellos.

LA ORACIÓN DE CRISTO (II)

En preparación para el año jubilar del año 2025, retomaré la segunda parte del artículo que presenté el pasado mes de Septiembre que habla sobre la oración, del libro: “Síntesis de Espiritualidad Católica” (José Rivera Iraburu).

Acción y contemplación se alternaban y unían armoniosamente en la vida de Jesús. “Enseñaba durante el día en el templo, y por la noche salía para pasarla en el monte llamado de los Olivos”. Durante la actividad intercalaba breves oraciones, algunas de las cuales recogen los evangelios. La distribución de sus horas la hacía Jesús con perfecto dominio y flexibilidad, sin dejarse llevar ni por los íntimos deseos ni por las circunstancias exteriores. Unas veces, renunciaba a un retiro proyectado para estar con la gente que le buscaba; otras veces, ponía límite a su actividad exterior, para entregarse a la oración: “Después de haberlos despedido, se fue a un monte a orar”. Al final de su vida pública, la acción disminuye hasta cesar y la contemplación aumenta de forma absoluta: “Ya no andaba en público entre los judíos”. Jesús está ya siempre orando, en la Cena, en Getsemaní, en la Cruz. Cristo oraba con los salmos, y era consciente de que daba cumplimiento a cuanto los salmos habían dicho de él. Y, según la costumbre de su pueblo, adoptaba ciertas actitudes exteriores al orar, elevando las manos, mirando a lo alto, de rodillas, rostro en tierra.

La oración de los cristianos

La oración cristiana es una participación en la oración de Cristo. “Yo os he dado el ejemplo, para que vosotros hagáis también

como yo he hecho” (Jn 13,15). Pero nuestra oración es oración de Cristo no sólo porque la hacemos siguiendo su ejemplo, sino porque él nos comunica su Espíritu, que ora en nosotros. Cristo ora en nosotros, los cristianos, o como dice San Agustín, precisando más: “El ora por nosotros como sacerdote nuestro, El ora en nosotros como cabeza nuestra, El es orado por nosotros como Dios nuestro. Reconozcamos, pues, en El nuestras voces, y reconozcamos su voz en las nuestras”. El pueblo cristiano, en su condición sacerdotal, está destinado a la oración, a alabar a Dios y a interceder por los hombres. Los primeros cristianos entendieron bien esto, y “todos perseveraban unánimes en la oración”, de modo que la Iglesia primitiva da la fisonomía inequívoca de una comunidad orante.

En este sentido decía Pablo VI: “¿Qué hace la Iglesia? ¿Para qué sirve la Iglesia? ¿Cuál es su momento esencial? ¿Cuál es su manifestación característica?... La oración. La Iglesia es una sociedad de oración. La Iglesia es la humanidad que ha encontrado, por medio de Cristo único y sumo Sacerdote, el modo auténtico de orar. La Iglesia es la familia de los adoradores del Padre “en Espíritu y en verdad”.



Sé devoto de las almas del Purgatorio.



Si no ruegas por ellas, Dios permitirá que los demás se olviden después de ti. Reza por lo menos, tres Padrenuestros por las siguientes intenciones:

1. **Por el alma más abandonada del Purgatorio.**
2. **Por el alma que más padece en el Purgatorio.**
3. **Por el alma que más tiempo ha de estar en el Purgatorio.**

Reza ahora alguna de las oraciones que siguen:

Por los padres. Oh Dios, que nos mandasteis honrar a nuestro padre y a nuestra madre, sed clemente y misericordioso con sus almas;

perdonadles sus pecados y haced que un día pueda verlos en el gozo de la luz eterna. Amén.

Por los parientes y amigos. Oh Dios que concedéis el perdón de los pecados y queréis la salvación de los hombres, imploramos vuestra clemencia en favor de todos nuestros hermanos, parientes y bienhechores que partieron de este mundo, para que, mediante la intercesión de la bienaventurada Virgen María y de todos los Santos, hagáis que lleguen a participar de la bienaventuranza eterna; por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Por un difunto. Haced, oh Dios omnipotente, que el alma de vuestro siervo (o sierva) N. que ha pasado de este siglo al otro, purificada con estos sacrificios y libre de pecados, consiga el perdón y el descanso eterno. Amén.

Por todos los difuntos. Oh Dios, Creador y Redentor de todos los fieles, conceded a las almas de vuestros siervos y siervas la remisión de todos sus pecados, para que por las humildes súplicas de la Iglesia, alcancen el perdón que siempre desearon; por nuestro Señor Jesucristo. Amén.

¿Qué podemos y debemos hacer por nuestros difuntos?



1. No olvidarlos. No olvidar su cariño, su entrega, todo lo bueno que han hecho, que nos han hecho a nosotros - y que como la herencia que nos dejaron. Por gratitud y fidelidad. También porque creemos que siguen viviendo en el otro mundo, que no ha terminado todo con su muerte.

2. Rezar por ellos. Han tenido sus limitaciones y faltas. Han sido, igual que nosotros, pecadores y no santos. Necesitan

del perdón de Dios. Por eso, rezar por ellos, para que Dios se compadezca de ellos y los haga participar de su gloria y felicidad eternas. ¡Pensemos en la importancia de la Eucaristía!

3. Confiar en ellos. Probablemente ya están cerca de Dios, sobre todo si han vivido como hombres honrados y caritativos, verdaderos cristianos. Pertenecen entonces a la comunidad de los santos. Hemos de alegrarnos por ello. Y hemos de pedirles

que intercedan por nosotros y que nos acompañen en nuestra lucha diaria. Porque los santos son nuestros abogados ante Dios.

4. Esperar el reencuentro con ellos. La fe cristiana nos dice que no los hemos perdido pare siempre. Sino que vamos a verlos de nuevo en el otro mundo. Es la esperanza de que nos volveremos a reunir con ellos, en la Casa del Padre, y sin tener que separarnos ya nunca más.

CRISTO REY DEL UNIVERSO (24 DE NOVIEMBRE)



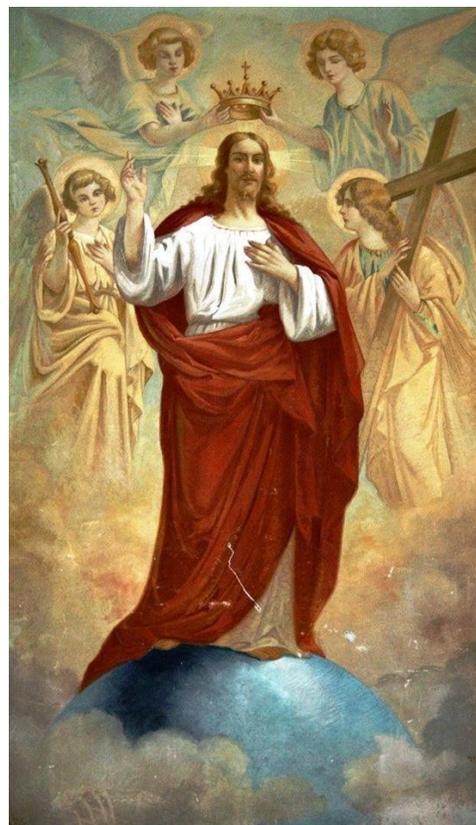
En el año 325, se celebró el primer concilio ecuménico en la ciudad de Nicea, en Asia Menor. En esta ocasión, se definió la divinidad de Cristo contra las herejías de Arrio: "Cristo es Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero". 1600 años después, en 1925, Pío XI proclamó que el mejor modo de que la sociedad civil obtenga "justa libertad, tranquilidad y disciplina, paz y concordia" es que los hombres reconozcan, pública y privadamente, la realeza de Cristo. "Porque para instruir al pueblo en las cosas de la fe - escribió-mucha más eficacia tienen las fiestas anuales de los sagrados misterios que cualesquiera enseñanzas, por autorizadas que sean, del eclesiástico magisterio (...) e instruyen a todos los fieles

(...) cada año y perpetuamente; (...) penetran no solo en la mente, sino también en el corazón, en el hombre entero". (Encíclica Quas primas, 11 de diciembre de 1925). La fecha original de la fiesta era el último domingo de octubre, esto es, el domingo que inmediatamente antecede a la festividad de Todos los Santos; pero con la reforma de 1969, se trasladó al último domingo del Año Litúrgico, para subrayar que Jesucristo, el Rey, es la meta de nuestra peregrinación terrenal. Los textos bíblicos cambian en los tres ciclos litúrgicos, lo que nos permite captar plenamente la figura de Jesús.

Última etapa

En este último domingo del año litúrgico, celebramos la Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo. Como el año litúrgico representa el camino de nuestra vida, esta experiencia nos recuerda -es más, nos enseña- que nos dirigimos hacia el encuentro con Jesús, el Esposo, que vendrá como Rey y Señor de la vida y de la historia. Estamos hablando de su segunda venida. En la primera, vino en la humildad de un Niño acostado en un pesebre (Lc 2,7); en la segunda, regresará en la gloria, al final de la historia. Esta es la venida que hoy celebramos litúrgicamente.

Pero hay también una venida intermedia, la que vivimos hoy, en la que Jesús se nos presenta en la Gracia de sus Sacramentos y en el rostro de cada "pequeño" del Evangelio. Es el tiempo en el que se nos invita a reconocer a Jesús en el rostro de nuestros hermanos, el tiempo en que se nos invita a utilizar los talentos que hemos recibido, a asumir nuestras responsabilidades cada día. Y a lo largo de este camino, la liturgia se nos ofrece como escuela de vida para educarnos a reconocer al Señor presente en nuestra vida cotidiana y para prepararnos a su venida final.



Boletín de la Parroquia
de San Juan Bautista

PALENQUE 422, JAR-
DINES DEL SOL

TEL: 33 3634 3255

DIRECTOR: SR. CURA
JUAN CARLOS MAYOR-
GA ENRÍQUEZ

EDITORES: ING. RICAR-
DO MATA BAEZA Y AN-
GÉLICA LORENA MA-
DRIGAL MATA

E- MAIL: riconmata
@gmail.com

TEL: 33 3831 5878

CEL: 33 1422 8385



Nuestra parroquia siem-
pre nos espera todos
los días para pedirle a
Dios y a nuestra Madre
María, por el Papa y sus
pastores, por nuestra
Parroquia, nuestras fa-
milias, nuestras amista-
des, por los enfermos,
los sin trabajo, tenes-
mos mucho por que pe-
dir.

Cristo y María te quie-
ren escuchar para
ayudarte,

NO ESPERES MÁS

LA VOZ DEL PAPA: El servicio cristiano no dice “ya serví, ahora le toca a otro”.

El Papa Francisco preside la Santa Misa con rito de canonización de 14 beatos en la Plaza de san Pedro y recuerda que estos nuevos santos vivieron según el estilo de Jesús: el servicio. “La fe y el apostolado que lle-
varon a cabo no alimentaron en ellos deseos mundanos ni ansias de poder, sino que, por el contrario, se hicieron servidores de sus hermanos”.

Mireia Bonilla – Ciudad del Vaticano

La Iglesia Católica ya tiene catorce nuevos santos que han subido a los altares durante la Santa Misa con el rito de canonización que ha presidido el Sumo Pontífice esta mañana en la Plaza de San Pedro en el Vaticano.

Durante la ceremonia, el Papa Francisco ha pronunciado una homilía en la que ha dedicado unas palabras a los nuevos santos: “A lo largo de la agitada historia de la humanidad, ellos fueron siervos fieles, hombres y mujeres que sirvieron en el martirio y en la alegría, como el hermano Manuel Ruiz López y sus compañeros. Son sacerdotes y consagradas fervientes de pasión misionera, como el padre José Allamano, sor María Leonia Paradis y sor Elena Guerra”.

Francisco ha recordado además que estos nuevos santos vivieron según el estilo de Jesús, que es “el servicio”: “La fe y el apostolado que llevaron a cabo no alimentaron en ellos deseos mundanos ni ansias de poder, sino que, por el contrario, se hicieron servidores de sus hermanos, creativos para hacer el bien, firmes en las dificul-



tades, generosos hasta el final”.

El vencedor no es el que domina, sino el que sirve por amor

“Jesús nos ayuda a pensar no según los criterios del mundo, sino conforme al estilo de Dios, que se hace el último para que los últimos sean enaltecidos y lleguen a ser los primeros”. Lo ha recordado también esta mañana el Papa Francisco, al comentar el evangelio hodierno según San Marcos que relata cuando los discípulos Santiago y Juan le piden a Jesús que les conceda sentarse uno a su derecha y otro a su izquierda en su gloria. Esta petición revela su deseo de poder y la respuesta de Jesús subraya la importancia del servicio. De hecho – dice el Papa – “a su derecha y a su izquierda habrá dos ladrones, crucificados como Él en la cruz y no acomodados en los tronos del poder. El vencedor no es el que domina, sino el que sirve por amor”.

“Jesús les revela que Él no es el Mesías que ellos piensan” dice el Papa, sino “el Dios del amor, que se abaja para alcanzar a los humildes; que se hace débil para levantar a los débiles; que trabaja por la paz y no por la guerra; que vino para servir y no para ser servido”.